

apenas aborda la cuestión del carácter y de la sacramentalidad del orden.

Al final se refiere con acierto —a nuestro modo de ver— a la cuestión de la Eucaristía como «transformadora de la cultura». «El lugar principal en el que Cristo toma forma como transformador de la cultura es la Eucaristía» (p. 253). Insiste ahí en que la ética social sin la intervención de la gracia cae en el sinsentido, pues el cambio social nace de la conversión y del cambio positivo del sujeto (cfr. p. 259). Sin embargo, da también la impresión de que en esta ocasión se matiza aquí incluso la misma doctrina de la justificación, en los habituales términos propuestos por Lutero. «La transformación cultural, en su sentido más amplio, no es algo que la comunidad misma haya de llevar a cabo. De un modo inefable debe ser realizado por Otro. La Eucaristía como celebración del perdón de los pecados es un recuerdo vivo de la transformación cultural que sólo puede ser alcanzada por medio de la humildad y la esperanza. En un mundo complejo, es un regalo de la gracia. Pero gracia sin correspondencia (*corresponding action*) no es gracia» (p. 278).

Como solución a todos estos problemas teológicos, doctrinales y pastorales, el autor sugiere volver a la «cristiandad de Nicea»: «Como aspecto más positivo, la cristiandad de Nicea sostiene la justicia, lucha contra la violencia y promueve la paz» (p. 280). Así, se propone también la Eucaristía como un «puente litúrgico» entre las distintas confesiones cristianas y, por medio de ellas, a todo el mundo. Sin embargo, no concreta el modo en que esto puede llevarse a cabo, aunque más bien parece que se refiere a la creación de «un *ethos* de paz y reconciliación» (p. 283). Se basa este proyecto de paz de Nicea en dos puntos centrales: la doctrina de la en-

carnación según Atanasio y el concepto de expiación como sufrimiento voluntario de san Anselmo. Acaba el autor con unas sorprendentes conclusiones litúrgicas, en las que incluso se propone la orientación del altar *versus orientem*, tal como hizo en su momento Louis Bouyer (cfr. pp. 331-332). En definitiva, una variada y erudita panorámica de la situación ecuménica e interconfesional sobre la doctrina eucarística, en la que quizá se echa de menos una mayor profundización teológica y dogmática (tal como lo han afrontado los numerosos documentos ecuménicos, a los que apenas cita), aunque sin embargo denota sin lugar a dudas un intento de comprensión y acercamiento a las mencionadas posturas que van más allá de las reformadas.

Pablo Blanco

PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA, *Via pulchritudinis. Camino de evangelización y de diálogo. Asamblea plenaria 2006 (26-27 de marzo)*, Biblioteca de Autores Cristianos («BAC-documentos», 37), Madrid 2008, 133 pp., 11,5 x 19, ISBN 978-84-7914-893-5.

En la presente publicación se recogen las conclusiones de la asamblea plenaria del Pontificio Consejo de la Cultura sobre la belleza y el arte como posibles caminos para la evangelización y el diálogo entre la Iglesia y el mundo, junto con algunas intervenciones selectas (Forte, Rouco Varela, Quezada Toruño, Rupnik y Duque Jaramillo). Como señala Melchor Sánchez de Toca en la presentación, la estética y la belleza constituyen un camino de evangelización, «un camino para hablar de Dios al hombre de hoy, y para permitirle, a través de la belleza, alcanzar a Dios. Y camino de diálogo, porque la belleza, co-

mo la cultura en general, representa un terreno de encuentro con creyentes de otras religiones e, incluso, con quien no cree en absoluto en un Dios trascendente y personal» (p. 16). El texto, elaborado en común y aprobado por todos los asistentes a la asamblea plenaria, se compone de una introducción, tres capítulos centrales y una conclusión.

En el primer capítulo («Un desafío crucial»: pp. 37-39), se alude a la incredencia y a la nueva religiosidad como los retos culturales y religiosos del momento actual. En el segundo apartado se propone la *via pulchritudinis* como la respuesta que la Iglesia ofrece a esta situación (cfr. pp. 40-50). «El camino de la belleza», a partir del encuentro con la belleza que suscita admiración, puede abrir el camino a la búsqueda de Dios y disponer el corazón y la mente al encuentro con Cristo, Belleza de la santidad encarnada, ofrecida por Dios a los hombres para la salvación» (pp. 40-41). Tal *via pulchritudinis* se propone, pues, como un camino hacia la verdad y el amor encarnados en la persona de Jesucristo. He aquí el origen de esta primigenia «trinidad» compuesta por la belleza, la verdad y el bien, que hemos de recuperar en la existencia diaria.

El tercer capítulo constituye el núcleo central del documento, donde se presentan las «vías de la belleza» (cfr. pp. 50-79). En primer lugar, la belleza de la naturaleza, que ha de llevar de la sublimidad de la creación al estupor por la recreación, por la creación renovada en Cristo. En segundo lugar se propone como vía de la belleza también al arte cristiano, es decir, a «la belleza suscitada por la fe», de manera que el arte sacro se convierte en un instrumento de evangelización y catequesis. En fin, se establece la belleza de Cristo como «modelo y prototipo de la santidad cristiana». «La

singular belleza de Cristo, como modelo de *vida verdaderamente bella*, se refleja en la santidad de una vida transformada por la gracia» (p. 68). Los santos y, de modo eminente, María —la *tota pulchra*— reflejarán esa belleza de Cristo, que el Espíritu Santo infunde a su vez en el alma al transfigurarla por la belleza de la gracia, anticipo de la gloria y la belleza definitiva. Por eso el testimonio de la belleza, no sólo del arte sacro, sino sobre todo de la liturgia y de la vida de los santos, se convierte en una urgencia y una necesidad. En fin, en la conclusión y citando a Dostoievski, se recuerda en estas páginas que sólo la belleza crucificada y resucitada de Cristo «salvará el mundo» (cfr. pp. 80-81).

Pablo Blanco

TEOLOGÍA MORAL Y ESPIRITUAL

Juan MESEGUER, *La familia que viene*, Ediciones Rialp, Madrid 2008, 120 pp., 21 x 14,5, ISBN 978-84-321-3693-1.

Algunos piensan que los defensores de la familia no tienen espíritu constructivo, pues sólo saben oponerse a las leyes que no les gustan. La propuesta del Autor en este libro es todo lo contrario: el desafío es saber vender el matrimonio y la familia como el «mejor producto del mercado». «No basta con ser claro y con que le entiendan a uno: hay que agradar, hay que encantar, hay que seducir y poner ilusión en todos los ojos» (p. 12).

En los distintos capítulos, se muestran algunos retos del movimiento pro-familia hoy en día. Primero, enriquecer con ideas sugerentes los debates actuales en torno a la familia; segundo: demostrar a la sociedad que el matrimonio y la familia enlazan realmente con